LLORANDO SANGRE

Jorge Sáez Criado

© Jorge Sáez Criado, 2017
Diseño de cubierta: Ana María Fernández Gutiérrez

Segunda edición: mayo de 2017

ISBN: 978-1546585381

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A todos los que creísteis en mí.

I

Otra gota roja se deslizó suavemente por la mejilla de la figura de la Virgen, siguiendo el camino de las anteriores. Así durante un mes, siempre a las tres de la tarde, todos los días. Pero ahora lo veía él en persona. Por fin el obispo de Aberdeen, monseñor Neil Graham, había podido ir a la parroquia de la Anunciación, en el pequeño pueblo de Creideamh, a doscientos setenta kilómetros de la sede episcopal, en la costa noroeste de Escocia. Todo había comenzado mientras él estaba en Roma y, ahora, al fin lo veía.

Miró a su alrededor. En la primera fila, en un pequeño reclinatorio que habían puesto cerca de la estatua, estaba Roy, el que primero lo vio y al que, según se decía, la Virgen hablaba en ocasiones mientras ésta lloraba. Rezando de rodillas. Su rostro, sereno. A su alrededor, cientos de personas de pueblos cercanos, pero también de otras partes de Escocia e, incluso, de otros países, ocupaban los bancos de la iglesia. Todo en un clima de oración continuo. Todo en calma. Cuando la estatua lloraba, algunas personas también lo hacían. Vivían lo que veían.

Habló un poco con el párroco y con algunas de las personas que había por allí. Incluso pudo hablar con Roy. Todos coincidían en que era una bendición para la parroquia y para toda Escocia. Y que, en cuanto el mensaje se difundiera lo suficiente, también para el resto del mundo. Roy le contó lo que le decía la Virgen. Su mensaje era de paz, de amor, de piedad.

En cuanto volvió al despacho episcopal, apenas se sentó hizo la llamada que iba pensando por el camino. Cuando sonó la voz del secretario del arzobispo de San Andrés y Edimburgo, le pidió que le pasara con su eminencia, monseñor MacDonald.

–Muy buenas tardes, Neil –saludó el arzobispo.

–Hola, Ian.

–¿Ya has estado en Creideamh?

–Acabo de volver de allí.

–Y ¿cuál es tu impresión?

–No he tenido mucho tiempo de indagar. A mí la verdad es que me emociona la idea de que la Madre de Nuestro Señor actúe en una parroquia de mi diócesis, pero tenemos que ser prudentes. Creo que necesitaré ayuda, yo no tengo los medios para una investigación de este tipo. Y hay que actuar rápido. Vista la cantidad de gente que se ha juntado alrededor de este fenómeno en un mes, si dejamos pasar más tiempo será mucho más difícil de investigar.

–Está bien. Asumo que la Universidad de Edimburgo no tendrá problemas en colaborar con nosotros en lo que a la ciencia competa. Y para la parte teológica, me parece que sé de alguien que nos puede ayudar. Otra cosa es que su Provincial nos le deje.

–¿De quién se trata?

–Un viejo amigo. La última vez que coincidimos fue en la Congregación General 37, y no nos hemos vuelto a ver. Pero si sigue como siempre, llegará hasta el fondo del asunto.

–¿Le conozco?

–No, que yo sepa. Es un jesuita español. Llegó casi como un desconocido a la Congregación General, pero sin él puede que no hubiera prosperado la Reforma de la Compañía. Creo que ahora está en Roma. Si hay suerte, en pocos días le tendremos con nosotros.

–Bien, si consideras que es la persona indicada no seré yo quien diga que no le llames. Pero una cosa sí está clara: la investigación tiene que ser en profundidad. Si se tratara, Dios no lo quiera, de locuciones o lacrimaciones falsas, tenemos que descubrirlo

cuanto antes para evitar al máximo el daño en las almas de la gente. No sería la primera vez que algunas personas eligen seguir lo espectacular en lugar de a la Iglesia, dando lugar a auténticos cismas. No quiero que sea algo como lo del «Palmar de Troya» de España.

–Tranquilo, no dudo de que sabrá ser concienzudo. Lo que sí te pido es que me permitas retrasar su llegada a tu diócesis un día, para poder charlar un poco con él y ponernos al día después de tanto tiempo.

–Por supuesto. Después de casi un mes, no veo ningún problema en esperar un día más.

–Te avisaré en cuanto sepa si podremos contar con él.

–Muchas gracias, Ian.

Roma, al día siguiente

En la capilla de San Ignacio de Loyola de la iglesia del Gesú, una figura de cabello moreno, aunque con abundantes canas, oraba de rodillas ante la urna que contiene las reliquias del santo español, totalmente ajena a los turistas que entraban sin cesar en el edificio. Mientras tanto, otra figura esperaba, respetuosa, a que el sacerdote arrodillado terminara sus oraciones, observándole desde una distancia prudente para evitar molestarle. Entre sus manos llevaba una carta, y su rostro tenía un cierto aire de pena.

–Joaquín –dijo cuando vio que el jesuita español había terminado su oración y se había incorporado.

El padre Munker se volvió con una sonrisa. Siempre le había hecho un poco de gracia el acento con el que los italianos pronunciaban su nombre. Sin embargo, al mirarle a la cara, se le desdibujó un poco al ver la expresión de su amigo.

–¿Qué te ocurre, Francesco? Pareces preocupado.

–Te tengo que dar una comunicación de nuestro Provincial.

–¿Es algo malo?

–No. Tan sólo... Bueno, es que tienes que irte a otro destino por un tiempo. Me apena la separación.

–Ya sabes que nosotros tenemos que estar dispuestos a ir a donde seamos necesarios. Pero te comprendo. Cuatro años de amistad no son pocos. Y pensar que al principio no nos llevábamos muy bien...

–Es cierto, recuerdo nuestras discusiones sobre el futuro de la Compañía. Al final, tú tenías razón.

–Bueno, siempre hay tiempo para una buena discusión, ¿verdad? –sonrieron los dos–. Además, recuerda que se nos recomienda mantener contacto con otros jesuitas precisamente para conservar el lazo de amistad que la Compañía tuvo en sus orígenes. Por eso Ignacio escribió tantas cartas. Somos compañeros de Cristo y en Cristo.

–Por suerte, nosotros tenemos correo electrónico –bromeó Francesco–. La comunicación nos resulta mucho más fácil que a él.

–Así es, en efecto. Mucho más fácil y rápida –mantuvo una media sonrisa por un momento, antes de continuar–. Y ¿a dónde me envían?

–A Escocia. El arzobispo de Edimburgo y San Andrés ha solicitado tu ayuda y el Provincial ha aceptado.

–¿Mi ayuda?

–Sí, para un tema relacionado con una Virgen que llora sangre en Escocia.

–Interesante. ¿Cuándo salgo?

–Lo antes posible.

–De acuerdo. Reservaré el primer vuelo que haya y después tomaremos algo para recordar viejos tiempos y celebrar los nuevos.

En el avión, el padre Munker se puso todo lo cómodo que se puede estar en uno de esos asientos. Con su metro ochenta de estatura, las piernas le llegaban casi a tocar el de delante. Al menos, al ser más bien delgado, no quedaba empotrado en su sitio y tenía algo de margen de movimiento.

A su derecha podía ver el ala del aparato y, más allá, las nubes con sus formas extrañas y, a la vez, familiares. No le apasionaba volar, pero le relajaba la visión de las nubes. Tenían algo de tranquilizador, de inmutable, aunque cambiaran una y otra vez.

Aprovechó el vuelo de cerca de ocho horas en total, con una escala en Londres, para leer sobre Escocia, rezar y leer la Biblia. Escocia le atraía. Siempre lo había hecho. Pero no había tenido hasta ahora, a sus cuarenta y siete años, oportunidad de visitarla. «Extraña oportunidad», pensó. Repasó mentalmente los escasos detalles que conocía de los fenómenos de Creideamh. En principio, por lo poco que sabía, no había motivo para pensar que fueran falsos. De todas formas, el obispo le daría más información. Y, sobre todo, su propia investigación le permitiría hacerse una composición de lugar mucho más precisa según avanzase. Había que tener paciencia.

Le sacó de sus pensamientos la voz del piloto diciendo que se aproximaban a Edimburgo y que en pocos minutos aterrizarían. Por la ventanilla sólo veía nubes de color gris ceniza. Algo que no le sorprendió, sabiendo que era Escocia.

II

Un joven sacerdote con rostro avispado estaba esperándole. Al ver al padre Munker se presentó, cogió su maleta, hizo un breve comentario sobre lo poco que pesaba esta y le pidió que le acompañara al coche. Todo ello sin quitar ni por un momento la sonrisa de la cara. Por el camino le fue contando que estaba allí para llevarle al palacio arzobispal, en el que se alojaría hasta su salida al día siguiente hacia Aberdeen, y que el arzobispo tenía muchas ganas de verle. En el breve trayecto en coche charlaron un poco sobre Escocia. El joven le explicó que en ese país podría experimentar las cuatro estaciones del año cada día, y le dijo que es fácil distinguir a los turistas porque son los únicos que llevan el impermeable preparado para ponérselo a la mínima señal de lluvia. Los escoceses están acostumbrados a esos cambios de tiempo.

Tras mostrar al padre Munker su habitación y dejar en ella su maleta, el sacerdote que le había servido de guía le llevó al despacho del arzobispo, donde éste trabajaba concentrado en un documento y tecleando en su ordenador. El joven llamó con delicadeza a la puerta del despacho, que ya estaba abierta, para avisar a su eminencia de que su invitado había llegado. En seguida, el arzobispo le indicó con un gesto que le hiciera pasar.

–Eminencia... –dijo el padre Munker con rostro ceremonioso una vez atravesó el umbral del despacho.

–¿Qué eminencia ni qué ocho cuartos? ¡Ven aquí a darme un abrazo! –respondió sonriente el prelado mientras se levantaba

de su asiento para acercarse al sacerdote.

Los dos sacerdotes se saludaron con un fuerte abrazo tras cuatro años sin verse. Ambos se reían con ganas por la alegría del reencuentro. Pasaron la mañana charlando sobre lo que les había deparado la Providencia a cada uno, recordando la época en la que se conocieron, y hablando de temas intrascendentes. Sin embargo, la tarde la querían reservar para asuntos más serios.

Poco después de haber terminado la frugal comida, el padre Munker rompió el silencio.

–Bueno, Ian, creo que tendremos que hablar en algún momento de lo que me ha traído aquí –dijo, fijándose en el rostro surcado de arrugas del arzobispo, que le daban un porte de grave seriedad casi militar, y cuyos vivaces ojos podían mostrar al mismo tiempo una amistad realmente jovial y una profundidad insondable.

–Tienes razón. Supongo que sabes que está habiendo unas supuestas lacrimaciones de Nuestra Señora en un pueblecito del norte, ¿verdad?

–Sí, algo he oído. Pero no se puede decir que haya estado siguiendo de cerca los acontecimientos.

–Pues, en cierto modo, mejor así. El obispo de Aberdeen me llamó pidiéndome ayuda para la investigación y yo le dije que tenía la persona adecuada. Por eso estás aquí.

–Me halagas, pero no estoy seguro de ser el más indicado para esto.

–¡Tonterías! Tu formación doctrinal es excelente. Que, además, seas psicólogo, resultará muy útil. Y, lo más importante, sé que tu carácter no te va a permitir parar hasta que encuentres la verdad de los hechos.

–¿Me estás llamando cabezota de una forma solapada?

–No hacerlo sería mentir y lo sabes. Pero al margen de eso, sabes tan bien como yo que estás preparado a la perfección. Yo ayudaré en las relaciones con la Universidad, si necesitáis sus recursos. Ya me he puesto en contacto con ellos y no habrá proble-

ma. De todas formas, los detalles te los dará el obispo. Al fin y al cabo, a él corresponde la responsabilidad de la investigación. Yo sólo estoy aquí para ayudar en lo que haga falta.

–¿Por qué decías que era mejor que no hubiera seguido las lacrimaciones?

–Porque así no vienes con una idea preconcebida. Partes de cero.

–Entiendo. Bien, se trata de una estatua, ¿verdad? Con toda probabilidad necesitaremos hacerle una tomografía para descartar conductos internos.

–No habrá ningún problema en el aspecto técnico. Otro tema es el aspecto humano.

–Sí, no será fácil convencer a esa gente de la necesidad de la investigación.

–No adelantemos acontecimientos. Creo que lo mejor será que partas hacia Aberdeen mañana temprano y que allí ya te pongas de acuerdo con monseñor Graham. Una vez que conozcas el terreno tendrás más claro cómo actuar. Mi secretario te llevará hasta el obispado.

–Muy bien, en ese caso te llamaré si necesito algo a lo largo del tiempo que pase en Creideamh. Ahora –dijo, mientras parecía buscar algo por los alrededores–, ¿no tendrás un ajedrez en este despacho? Si mal no recuerdo, no eras precisamente mal jugador.

–¡Ja, ja, ja! Veo que sigues siendo aficionado. Por supuesto que tengo uno.

Jugaron al ajedrez toda la tarde. Mientras tanto, siguieron hablando sobre el trabajo y las dificultades a tener presentes.

A la mañana siguiente concelebraron la Santa Misa y, tras el desayuno, se despidieron con un abrazo.

Aproximadamente tres horas más tarde, llegaban a la sede episcopal de Aberdeen. Munker se bajó del coche y, después de agradecer el viaje al secretario de su amigo y desearle un buen re-

torno, tomó su maleta y entró en el edificio. Allí se encontró con el secretario del obispo, que le presentó ante monseñor Graham.

–Padre Munker, le estaba esperando. Pase, pase. Siéntese. Póngase cómodo.

–Muchas gracias, monseñor.

El jesuita se sentó frente al escritorio del obispo, que le observaba con sus vivos ojos azules. Tendría alrededor de cincuenta y cinco años, cabello rubio y era un poco más grueso y bajo que monseñor MacDonald, aunque también emanaba un aire de autoridad paternal que invitaba a confiar en él.

–¿Ian ya ha hablado con usted sobre el motivo de su viaje a Escocia?

–Un poco por encima, prefiere que sea usted quien me dé los detalles.

–Le contaré lo que yo sé, que tampoco es mucho. Estuve en Roma por unos asuntos casi todo el mes y, cuando volví, lo primero que hice fue ir allí, a la parroquia de la Anunciación, aunque tenía varios temas que urgían. Pero iba a ser una visita corta, para ver la situación. Me encontré una parroquia sencilla, como es el propio pueblo, atestada de gente llena de fe. Vi al individuo al que la Virgen habla. Y vi, créame, a la estatua de la Virgen llorar lágrimas de sangre. Ni yo lo creía al principio.

–¿Piensa usted que es probable que se trate de un fenómeno sobrenatural?

–Mire, la verdad es que no sé qué creer. Sé lo que vi. Hablé con el hombre que dice tener las locuciones. El ambiente era de oración. Quiero pensar que es verdad que la Virgen se está manifestando en mi diócesis. La tengo especial devoción, y sería para mí un motivo de alegría y, por qué no decirlo, de orgullo. O, más que orgullo, agradecimiento. Pero no se deben tomar decisiones precipitadas, y menos en estas cuestiones. Se debe realizar una investigación exhaustiva. Por ello pedí ayuda al arzobispo de San Andrés y Edimburgo. Yo no puedo ocuparme de ello, y no tengo

disponible a nadie que pueda hacerse cargo de este asunto.

–Me ha dicho que habló con el hombre que supuestamente recibe las locuciones de la Virgen. ¿Qué impresión le dejó?

–Parece un hombre sincero. Humilde. No me dio la sensación en ningún momento de ser el tipo de persona que se inventa estas cosas. Vivía lo que decía.

–Por cierto, ¿cómo se llama?

–Roy. Roy Fraser.

–¿Sabe si va recogiendo por escrito esos mensajes que recibe? Sería muy útil para estudiarlos con detenimiento.

–Sí, escribe un diario con ellos desde el mismo día en el que todo empezó. No creo que tenga ningún problema para acceder a él.

–Perfecto. Ya hablaré con el señor Fraser.

–En principio, lo poco que pudimos hablar sobre los mensajes no me dio pie a pensar que fueran falsos. Al final se trata de una llamada a la conversión, algo que hace la Virgen siempre que se aparece.

–Sí, pero como bien ha dicho antes, conviene estudiar el caso por si no fuera auténtico. No nos podemos dejar llevar por lo que nos gustaría que fuesen las cosas o por primeras impresiones que podrían resultar engañosas.

–Cierto. Sigamos entonces. Hablé también con el párroco. Él está convencido de que es algo auténtico. Como la mayoría de quienes van allí desde que esto empezó.

–¿Sabe si se opondrá de alguna manera a la investigación?

–No lo creo. Ese hombre es una muy buena persona, le conozco desde hace tiempo. Puede que esté convencido de que es auténtico, pero entiende que hay que investigarlo. Seguro que colaborará en lo que necesite.

–Muy bien. ¿Hay alguna cosa más que deba saber?

–Sí. Va usted a ir a un pueblo sencillo, de gente sencilla. Procure actuar con tacto. Ellos, al menos la mayoría, creen que en verdad es la Virgen quien les está hablando, tanto con las lágrimas como con las locuciones.

–No se preocupe por eso. No es mi intención ir imponiendo nada, sino dejar a la verdad que salga a la luz, sea cual sea.

–Además tengo que advertirle de que ahora se congrega mucha gente en torno a esa parroquia. Algunos empiezan a hablar de santuario, aunque todavía no haya ningún tipo de aprobación. Otros son buscadores de lo extraordinario, periodistas de revistas esotéricas que quieren sacar tajada con sus delirantes teorías sobre estos hechos. Pero, aún así, pienso que la mayoría de los que se acercan allí son fieles católicos que buscan encontrarse con la Madre de Dios.

–¿Cómo llegaré hasta el pueblo?

–Le hemos alquilado un vehículo para que pueda moverse con libertad. No es difícil llegar hasta Creideamh, y le vendrá bien el coche por si tiene que desplazarse para algo a pueblos vecinos o no tan vecinos. El párroco le ha preparado una habitación en su propia casa, así que tendrán oportunidad de conversar largo y tendido sobre el tema.

–¿Cuánto se tarda en llegar, más o menos?

–Si sale después de comer, llegará poco antes de que anochezca. Son alrededor de cuatro horas de viaje. En esta época los días todavía son largos, aunque ya empiezan a acortarse bastante.

–Sí, me gustaría partir lo antes posible. ¿Cómo reconoceré la vivienda del párroco?

–Será sencillo. La parroquia se encuentra en un pequeño montículo muy cerca de la costa. Él vive en una casa cercana, al principio de la subida. Yo le avisaré de que va a ir allí, para que esté atento a su llegada.

–Muchas gracias.

–Espero que me mantenga informado de todo. Recuerde que, en última instancia, yo soy el responsable de esta investigación.

–Descuide. Había pensado hablar con usted más o menos cada semana, según lo que vaya encontrando u ocurriendo.

–Me parece bien. De todas formas, si pasa o averigua algo importante, avíseme ese mismo día. Quiero estar bien informado de lo que sucede en ese lugar.

–De acuerdo. Le mantendré informado de todo. No se preocupe.

–Excelente. ¿Necesita alguna cosa más?

–Sí, me gustaría que me indicara algún lugar para comer.

–No se preocupe, será mi invitado. Es lo menos que puedo hacer.

Tras la comida con el obispo, el padre Munker subió al coche alquilado y se dirigió, consultando de vez en cuando un mapa de carreteras, hacia el pequeño pueblo de Creideamh. La primera parte del viaje, el paisaje le recordaba a algunos lugares de su España natal o de Italia. Campos llanos, con vegetación más amarillenta que verde. Pero según se fue acercando al norte, el espectáculo de las Tierras Altas se iba presentando ante sus ojos. Pasó por Elgin, por Nairn, por Inverness, y lamentó no poderse detener a hacer turismo. Tenía claro que, en primer lugar, estaba su deber.

A la salida de Inverness casi se pierde al no ver la señal que le guiaba en la dirección de Ullapool. Le impresionó que la gente condujera de forma habitual por carreteras tan estrechas, en las que, si viene alguien de frente, es necesario meterse en una zona de paso para que pueda proseguir camino cada uno.

A punto de llegar a Ullapool vio la señal que le indicaba el desvío hacia la izquierda para dirigirse a su destino. Una extraña emoción le recorrió. Era posible que se encontrara a punto de vivir hechos sobrenaturales, de encontrarse con la Virgen de una manera casi palpable. Sin embargo, recordó lo que tantas veces había dicho en el confesionario: «Dios quiere que nos guiemos por la razón». No podía permitirse que un incierto sentimentalismo mandara en la misión de desentrañar la verdad de estos acontecimientos. Eso haría que el proceso naciera viciado desde el principio. Después, si resultara ser verdad, ya lo celebraría. Pero, si no, convenía averiguarlo cuanto antes.

III

Divisó el pequeño pueblo con las primeras brumas del atardecer. Era una hermosa sorpresa, un pueblecito que había crecido a partir de unas casas de pescadores alineadas a lo largo del muelle, llegando a tener unos ochocientos habitantes en sus buenos momentos, aunque ahora no pasara de los cuatrocientos debido a la emigración a las ciudades. La torre de la iglesia despuntaba sobre los tejados de las casas del pueblo. Se encontraba en una pequeña colina cercana a la hilera de viviendas.

Al irse internando en el pueblo se dio cuenta de que había bastantes más coches de los que necesitarían sus habitantes. Sin duda eran de aquellas personas que habían ido a ver de primera mano el fenómeno que estaba ocurriendo en ese apartado lugar del mundo. Siguió la carretera principal, que iba hacia el muelle. Fue pasando junto a las coloridas casas de los pescadores con tranquilidad, dejándose maravillar por la impresionante puesta de sol. Unos metros antes del camino de subida a la iglesia, un sacerdote sonriente le hacía señas con la mano. Aparcó el coche en el hueco que le indicaba y bajó de él.

–Muy buenas noches. ¿Es usted el padre Munker?

–Sí, soy yo.

–Encantado. Me ha avisado el obispo de que llegaría, aunque pensaba que tardaría menos. Supongo que usted conduce como el propio obispo –dijo, soltando una sonora y alegre carcajada.

–Debe de ser eso, porque he tardado más o menos lo que él

me dijo que tardaría –respondió Munker con una sonrisa–. Por lo general no suelo conducir despacio, pero aquí me he encontrado con unas carreteras un poco... distintas de lo que tengo acostumbrado. Además de que, a cada paso, me hallaba ante algo que me hacía ir un poco más lento para contemplarlo con más detenimiento. Tienen una tierra muy hermosa.

–Muchas gracias. Por cierto, me llamo John. John Williams.

–Encantado.

–Mi casa y, durante el tiempo que dure la investigación, la suya también, es esta –señaló a una pequeña casita situada junto al camino de ascenso a la iglesia–. Si quiere, acompáñeme y le enseño su habitación.

El padre Munker cogió su maleta y siguió al padre Williams hacia la casa. El escocés le enseñó la vivienda. Era una pequeña casa de dos pisos, con la cocina y el salón en la planta baja y dos habitaciones en la superior. También había en esta una habitación más pequeña, habilitada como una improvisada capilla donde poder orar con tranquilidad.

–Esa será su habitación –dijo mientras señalaba a una de las estancias–. Espero que le resulte cómoda. Piense en esta casa como si fuera la suya propia. ¿Ha traído ordenador?

–Sí, lo llevo en la maleta.

–Tiene también disponible Internet por Wifi. Supongo que le vendrá bien.

–Muchas gracias.

–¿Quiere venir a dar un paseo para conocer el lugar? Tendrá que ser breve por la hora que es, pero podremos ver el pueblo entero.

–Por supuesto.

Dejó la maleta en la habitación y bajaron las escaleras. Descubrió en su anfitrión a un hombre jovial, sincero y profundamente religioso. Buen conocedor de su comunidad, le explicó que el pueblo había crecido a partir de un pequeño grupo de pescadores católicos que se asentaron allí y decidieron dar a esa nueva pobla-

ción el nombre de Creideamh, que en gaélico escocés quiere decir «Fe». Caminaron por el muelle disfrutando del olor a mar, que al padre Munker siempre le había relajado. Se internaron por el pueblo visitando sus escasas callejuelas, desde las que se podían oír en todo momento las olas y disfrutar del espectacular paraje en el que se encontraba.

Lo último por visitar fue la iglesia. El padre Williams lo había dejado para el final precisamente porque iban a tardar más. Caminaron con calma hacia el pequeño promontorio en el que descansaba, a poca distancia de donde estaba la casa del párroco. Subieron la suave cuesta que ascendía revestida por el verdor de la hierba de la que estaba recubierto casi todo el suelo de esa zona, hasta llegar a la cima. La iglesia estaba orientada hacia el mar y tenía alrededor un pequeño camposanto con unas lápidas y cruces celtas merecedoras de estar en un museo. El verdor del musgo que salpicaba a la mayoría hacía pensar, además, en la esperanza en la resurrección que tenían quienes se encontraban yaciendo bajo ellas. A la derecha se veía el pueblo con mayor perspectiva y, a la izquierda, los acantilados que conforman el borde de esa parte de la Escocia occidental.

–Esto es precioso –susurró el padre Munker cuando llegaron arriba.

Su mirada de color miel se perdía en el horizonte mientras contemplaba la iglesia recortada contra el atardecer.

–¿Sabe por qué esta iglesia está mirando al mar?

–Dígamelo.

–Porque para los primeros habitantes de este pueblo, el mar era una expresión de la inmensidad de Dios. Por ello quisieron que su iglesia mirara hacia esa inmensidad.

–Es una hermosa historia.

Munker siguió contemplando la iglesia. No era muy grande ni especialmente bonita, pero en ese contexto resultaba impresionante. Se trataba de un edificio antiguo, construido en piedra gris.

Sencillo, pero con una humilde majestuosidad que llamaba la atención. La torre del campanario, cuadrada, estaba en el lado opuesto al pueblo. La iglesia parecía triangular, debido al gran tejado comparado con la relativamente corta altura de las paredes, con una sobria portada gótica en el centro. Remataban tanto el tejado de la iglesia como el del campanario sendas cruces. Una hilera de vidrieras recorría cada lado de la iglesia. Y, en el lado que daba al mar, un rosetón y tres vidrieras debajo de él, la central más alta que las otras, y que llegaban casi al suelo. En ellas, estaba representada la crucifixión, con la Virgen y San Juan a los lados.

Los dos sacerdotes se detuvieron frente a la puerta de entrada.

–La mayoría de los fieles acuden entre las tres y las cuatro de la tarde. Es cuando Nuestra Señora llora. El resto del tiempo, aunque hay bastante gente, no llega a ser tanta como en esa franja. Alrededor de las cinco, tras el rato de oración de la tarde, cierro la puerta con llave hasta que vuelvo a abrir el día siguiente para la Misa de la mañana.

–¿Está usted siempre en la iglesia mientras permanece abierta?

–No, eso resultaría imposible a veces. Ahora viene aquí demasiada gente como para cerrar un rato mientras salgo un momento, ya que en ocasiones otros compromisos requieren mi presencia. Así que procuro que mi sacristán esté siempre que yo no vaya a poder estar.

–¿Es una persona de confianza?

–Pondría mi vida en sus manos sin dudarlo un instante.

–¿Podré hablar con él?

–Por supuesto, en cuanto quiera.

El padre Williams abrió la puerta y los dos entraron en la iglesia por los pies de la nave central. Dio la luz, ya que casi no se veía nada dentro del templo. Munker pudo observar el interior de la iglesia por primera vez. Se dio cuenta de que el exterior engañaba, ya que era más espaciosa de lo que aparentaba, pudiendo al-

bergar sin problema a todo el pueblo. Las dos naves laterales eran algo más cortas, y tenían al frente sendas capillas secundarias. La de la izquierda, dedicada a San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen. La de la derecha, a San José. Contaban con humildes retablos que mostraban las imágenes de los santos. Unas esbeltas columnas de piedra separaban las naves y sostenían, formando arcos ojivales, la base de la techumbre, que estaba construida de madera.

Las vidrieras de la cabecera, con el calvario, recordaban el sacrificio repetido de forma incruenta en cada celebración eucarística. Un bello altar con un crismón dorado en la base estaba situado en el centro del presbiterio. Y, a sus lados, dos hermosas figuras sobre sendos pedestales: a la izquierda, el arcángel San Gabriel, mirando a su izquierda, hacia la figura de la Virgen, con una vara de azucena en la mano derecha y la mano izquierda levemente extendida con la palma hacia arriba, como indicando la comunicación entre él y María en el momento de la Anunciación. La figura de la Virgen, a la derecha, tenía las manos sobre el pecho, la izquierda sobre la derecha, miraba hacia el ángel y tenía la cabeza ligeramente inclinada en señal de humildad. Toda ella inspiraba recogimiento.

El resto del espacio lo ocupaban los bancos para los fieles, excepto por un pequeño reclinatorio que habían puesto frente a la estatua de la Virgen.

Ambos avanzaron por el pasillo central hacia ella.

–Aquí la tiene –dijo el padre Williams señalando la figura de la Virgen–. Esta es la estatua que llora sangre.

–¿Han comprobado si es realmente sangre?

–¿Qué otra cosa podría ser?

–No lo sé. Pero es vital analizarlo.

–Mire, las lágrimas de la Virgen son muy escasas. Apenas unas gotas, lo suficiente para marcar el rostro de la figura. Cuando cerramos la iglesia, limpiamos su rostro con algodones y los guardamos con devoción. Puede utilizar la sangre de uno de esos algodones.

–No se lo tome a mal, pero me gustaría poder recoger mi propia muestra de sangre. No es por desconfianza, pero el protocolo es estricto.

–Lo comprendo a la perfección. Estoy seguro de que yo, en su situación, haría lo mismo.

–¿Cree que sería posible enviar la estatua a la Universidad de Edimburgo para su estudio?

–Posible, sí. Recomendable, no lo creo. La gente que viene a ver a la Virgen no lo comprendería, y sería fácil que encontrara oposición. Podría resultar escandaloso para algunos, que lo llegarían a ver como un intento de la Iglesia por acallar la voz de la Virgen.

–Pero eso es absurdo.

–Lo sé. Sin embargo, hay que entender que aquí no sólo vienen personas devotas, fieles a la Iglesia. También los hay que buscan conspiraciones y elementos extraordinarios por todas partes. Ellos son los que al final seguro que soliviantarían los ánimos de los demás en contra de la Iglesia.

–Ya veo. Consultaré con el arzobispo de Edimburgo y San Andrés si sería posible que un equipo de la universidad viniera a investigar *in situ*.

–Muchas gracias.

–¿Alguien se acerca a la figura antes de que comience la lacrimación?

–Tan sólo mi sacristán y yo mismo. De hecho, a partir de que todo esto comenzara, tuvimos que estar más atentos y cerrar el presbiterio tras las misas con unos reclinatorios para evitar que hubiera quien se lanzara sobre la estatua para tocarla o conseguir algunas lágrimas de la Virgen. Sin embargo, hay que reconocer que la mayoría de la gente ha resultado ser muy educada y no hemos tenido problemas serios.

–¿No es posible que alguien se acerque mientras ustedes están distraídos?

–No puedo negar que sea posible. Pero lo dudo mucho. Cerramos la hilera de reclinatorios cuando terminamos la Misa, y así permanece también hasta que termina la lacrimación. Hay gente en la iglesia en todo momento mientras está abierta, de forma que, si alguien se acercara y manipulara de cualquier manera la imagen, los demás lo verían y se le echarían encima.

–Entiendo. Tiene razón. De todas formas, mañana podré verlo todo por mí mismo. Y podré empezar a entrevistarme con la gente, si no tiene usted inconveniente.

–¡Claro que no! Le facilitaré la tarea todo lo posible. Yo quiero con toda mi alma que se haga esta investigación, porque creo que se trata de algo auténticamente sobrenatural. Encontrará que no hay nada que ocultar, tan sólo fe y la acción de nuestra Madre en este pequeño pueblecito escocés.

–Le agradezco su colaboración. En su situación, otras personas me verían como un enemigo al que mantener a raya.

–Lo sé. Pero ¿sabe? Quizá esas personas no tienen verdadera fe o les falta amor a la Iglesia. Si la vemos como lo que es, madre y maestra, sabremos que lo que hace, lo hace por el bien de sus hijos. Creo que la investigación apuntará a la veracidad de lo que aquí ocurre. Pero, en caso negativo, tampoco se moverá mi fe ni un ápice. No pongo mis esperanzas en un posible elemento sobrenatural, sino en Dios y en su Cuerpo Místico, la Iglesia.

–Como bien sabe, esta investigación no puede declarar la autenticidad de lo que aquí ocurre. Para eso es necesario que pare. Que ya no haya mensajes. Entonces ya sí que se podría dar un veredicto definitivo de autenticidad. En cambio, ahora mismo, tan sólo podemos decir si se trata de algo que no es de Dios o si, por el momento, podría serlo. No espere una confirmación de esta investigación, porque eso no es posible en el estado en el que se encuentra el fenómeno.

–Sí, pero si no halla ningún motivo para declararlo falso, eso ya implicaría una cierta declaración de autenticidad.

–Eso no es del todo cierto. Podría darse el caso de que todo fuera adecuado a la doctrina de la Iglesia y no declararlo falso, pero en el futuro encontrar nuevos mensajes que sean heréticos. O demostrarse que son inventados por el vidente.

–Pero si ahora no se considera falso es que uno puede fiarse de esos mensajes.

–Siempre que se recuerde que no se sabe su origen con seguridad.

–Bueno, usted investigue. Sea lo más concienzudo que pueda, que es lo que más nos interesa a todos. Y ya veremos la conclusión a la que llega.

–De acuerdo. Pues, como le he dicho, mañana comenzaré a hablar con los más implicados.

–Muy bien. ¿Volvemos a casa? ¿O quiere ver alguna cosa más ahora?

–No, mañana seguiré. Muchas gracias. El viaje ha sido largo y me vendrá bien poner algo de orden en mi cabeza y descansar un poco antes de empezar.

–Pues vamos allá. Mientras cenamos podremos charlar un rato más. Por cierto, creo que no se lo he dicho antes, pero no tenga problema en utilizar mi oratorio en cualquier momento en que quiera. Como le dije, mi casa es su casa.

–Es usted muy amable. No dude que lo usaré. Gracias.

Tras una cena muy animada, el padre Munker se despidió del padre Williams y subió a su habitación. Allí, comprobó que el ordenador funcionaba bien y preparó lo que había llevado para pasar los días que tuviera que permanecer en Escocia.

Antes de acostarse se dirigió al oratorio. Ante el Cristo crucificado y la imagen de la Inmaculada que estaban frente a él, pidió a Dios que le diera capacidad para escuchar, para discernir, para llegar a la verdad de su misión. Una sonrisa afloró en su rostro y una consolación espiritual le invadió hasta llegar a las lágrimas.